

ESTER DE IZAGUIRRE

A UNA MARIPOSA EN LA CIUDAD

Allí estás sobre el muro de cemento,
destronada de un ciego paraíso,
de alguna aldea parecida al viento,
de un jardín devastado de improviso.

Qué distancia enarbola tu extravío,
qué vandálica lluvia, qué exorcismo
te arrancó al corazón del labrantío
y señaló a tu vuelo el ostracismo.

Entre tanta ciudad, tanto hundimiento,
tus alas replegadas se parecen
a desquiciada brújula de tiempo:

señalas derrumbada el pavimento
pero recuerdas que hay un Mar de Césped
más allá del naufragio y el tormento.

A LA CASA EN VENTA

Te vendimos.
Como se vende un pan o una colonia.
Como a una esclava en un mercado antiguo.
Y hubo algún vendedor
con barbas de saber bien lo que hacía:
señalaba la blancura de tus muros,
manoseaba tus árboles perplejos.
Pude tasar la infancia de mis hijos
las lluvias y las siestas de veinte años,
las caricias de Negro, de aquel perro
que se quedó dormido entre mis brazos.

Y cómo pude ver que, terminada
la ceremonia oscura de la entrega,
otra cara, otra voz, otra mirada
hacia un no sé y un nunca te llevaba
entre el rumor creciente de la feria.
Yo debí pasar hambre hasta quedarme
con todo el corazón a la intemperie,
antes que ver hollados los recuerdos
por pisadas ajenas.
Hoy buscaré un mercado, uno cualquiera,
para vender mis culpas.
Y mi pena.

A UN DÍA DE VERANO NUBLADO Y FRÍO

Es estío. La tarde se ha nublado
para que canten gallos a lo lejos;
y desorienta al rostro del bañado
la ausencia de cristales y reflejos.

Apenas se estremece el paraíso
donde un gorrión ensaya a contramano;
yergue la oreja el perro ante el hechizo
de un día equivocado del verano.

Aparece un silencio dando tumbos
en el tiempo aquietado entre las ramas
como una alondra que perdió sus rumbos.

Es este otoño y este invierno agrario
nueva estación del cielo, no grabado
en el papel sin luz del calendario.

ADIÓS A LA CASA PEQUEÑA

El mármol y la cal de qué montaña,
de qué árbol marchito el maderaje
fueron las briznas con que se hizo el nido
para quebrar el ojo a la tormenta.

Hoy tengo que dejarte pues mis hijos
no caben en tu abrazo dilatado,

nos mudaremos a una casa grande,
antigua mezcla de terraza y cielo.

Aquí puso a mis pies el compañero
un escabel de musgos y diamantes;
aquí nacieron tres retoños fuertes,
lozanos, claros como nuevos robles.

No te puedo dejar indiferente
pequeña casa de la lucha amable,
el pan me supo a miel entre tus muros
y el sacrificio doblegó mis fuerzas.

Cuando otro habite tus pasillos limpios
y asome alegre por tus ventanales,
al no asistirme entonces ni el derecho

de volver la mirada hacia tu lumbre,
apretaré mis pasos por la acera
como si hubiera hurtado una esperanza.

EL ACTOR

Soy dos hombres.
Después, ni yo ni Hamlet.
Tan sólo una pregunta
en el gran escenario
frente al salón vacío:
¿Quién soy?
¿En cuál de las dos cárceles
quedó encerrada el alma?